

A.N. AFANÁSIEV
CUENTOS POPULARES RUSOS I

La bruja Yagá y otros cuentos

ILUSTRACIONES DE VIOLETA LÓPIZ



A.N. AFANÁSIEV

La bruja Yagá y otros cuentos

CUENTOS POPULARES RUSOS I

Prólogo:

Antonio Rodríguez Almodóvar

Traducción:

Isabel Vicente

Ilustraciones:

Violeta Lópiz

ANAYA

La presente obra es traducción directa de la sexta edición completa de los Cuentos populares rusos de A.N. Afanásiev en tres volúmenes, Moscú, 1957.

© Del prólogo: Antonio Rodríguez Almodóvar, 2007
© De las ilustraciones: Violeta Lópiz, 2007
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2007
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, octubre 2007

ISBN: 978-84-667-6497-1
Depósito legal: M. 39.636/2007
Impreso en MELSA
Ctra. de Fuenlabrada a Pinto, km 21,800
28320 Pinto (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Prólogo

Esta colección de Cuentos populares rusos, recopilados y publicados por Alexandr Nikoláievich Afanásiev (1826-1871) a mediados del siglo XIX, constituye un verdadero tesoro para los amantes de esta clase de literatura; la literatura que hace el pueblo anónimamente, pacientemente, a lo largo de siglos y burlando toda clase de fronteras.

Varias cualidades distintivas adornan este repertorio. La primera es su abundancia (en el original son 600 cuentos, de los que esta edición en español, con muy buena traducción de Isabel Vicente, ofrece 250), siendo probablemente la más extensa de Europa, incluida la de los hermanos Grimm. En segundo lugar, por su frescura, alejada de afeites y de arreglos literarios, tan en boga por aquella misma época en otros países. Sin ir más lejos, en España, donde la colección de Fernán Caballero¹, prácticamente coetánea de la de Afanásiev, hay que tomarla con las debidas precauciones, pese a su alto valor.

Entre nosotros, habría que esperar a la colección de Antonio Machado y Álvarez, Demófilo², el padre de los poetas sevillanos, para encontrar algo parecido a la rusa, en cuanto a fiabilidad, esto es, a una verdadera hechura popular, derivada lo más directamente posible de las versiones orales. Claro que también conviene tomar en consideración las reservas que merece esta idea a la lingüística actual, pues cuando uno pasa escrupulosamente al papel lo que ha grabado al informante de turno, y más si se trata de una persona iletrada, el resultado suele ser poco legible, y desde luego nada causante de ese fluido placer, necesario en toda buena lectura.

En el extremo contrario estarían aquellas versiones hermoseadas (a menudo también censuradas) por los literatos del siglo XIX. Y en medio, lo que en otros lugares hemos denominado el arquetipo del cuento³, a saber: la forma más completa posible de una de estas joyas de la tradición oral, según circulaba por las tertulias campesinas, justo en el momento en que ya empezaba a descomponerse, lo que según Vladímir Propp (1895-1970) ocurre en toda

¹ *Cuentos de encantamiento y otros cuentos populares*. Magisterio Español, Madrid, 1978.

² *Biblioteca de Tradiciones Populares Españolas*, Sevilla, 1883-1886. (Vols. I, II, V, VIII y X).

³ Véase *Los cuentos populares o la tentativa de un texto infinito*. Universidad de Murcia, 1989. (Puede consultarse en la pagina web del autor, www.aralmodovar.es).

Europa a comienzos de esa crítica centuria. Dicho arquetipo, por tanto, es casi siempre una reconstrucción, o una restauración, hecha a partir de numerosas versiones de un mismo relato, pero tomando como guía de seguridad la estructura profunda del cuento maravilloso, descrita genialmente por el mismo Propp⁴. Ese resultado no ha de tener pretensiones fonetistas (salvo que se quiera para usos de ese tipo), sino que ha de alcanzar el contenido narrativo más completo y veraz posible.

Pues bien, como por un arte extraño, seguramente intuitivo, las versiones de estos cuentos rusos tienen mucho más el aire de esos arquetipos de los que venimos hablando que el de otra clase de arreglos. Seguramente, Afanásiev poseía, junto a un gran respeto por la autenticidad, un instinto literario muy fino, que prestó discretamente a sus versiones de los cuentos, sin afectar a lo esencial, el relato mismo, pero haciéndonos el inmenso favor de procurarnos una lectura excitante y placentera, lista para el disfrute de cualquier lector. En este atareado proceso —mucho más complejo de lo que cabe describir aquí— tal vez influyeron otros factores —para nosotros, desde luego, la traducción misma al castellano—, pero sobre todo el hecho de que Afanásiev redactó muy pocos cuentos de su propia cosecha, ya que la mayor parte de su colección se debe a los registros de otros folcloristas de su tiempo y anteriores a él. Nuestro autor se sirvió autorizadamente del archivo de la Sociedad Geográfica Rusa, en la sección de etnografía, que contaba con numerosas transcripciones de simples aficionados, pero también de recopiladores entonces conocidos, como Yá Kushkin, Kiréevski, Tvórov, y sobre todo Dal, que era el típico «refundidor» de la época. Necesariamente, Afanásiev tuvo que contar con numerosas versiones de un mismo cuento, por lo que a su labor de recopilador tuvieron que unirse las de comparatista y adaptador malgré lui. A pesar de todo, sus cuentos no perdieron ese indescriptible sabor a genuinos, como si todavía alguien nos los estuviera contando de viva voz en una noche de invierno.

Pero no todo es alquimia estilística, sino que hay algo más. Estudiando la biografía del folclorista ruso, se percibe un factor determinante de otro tipo, el ideológico. Afanásiev perteneció al grupo más progresista de los intelectuales de su época, con figuras tan señeras como Stankévich, Belinski (pionero del pensamiento social ruso), Turgueniev, Bakunin..., en una época en la que la Rusia zarista, profundamente feudal, autócrata y esclavista, experimentó importantes convulsiones, como ecos más o menos lejanos de la revolución francesa de 1848; numerosas revueltas campesinas se produjeron contra la política de un auténtico tirano, el zar Nicolás I, todo lo cual desembocó en la Reforma de 1861. Esta, si bien abolió el régimen de servidumbre, preparó a la Rusia burguesa para nuevos conflictos, los de un capitalismo mimético de las antiguas

⁴ *Morfología del cuento*. Fundamentos, Madrid, 1971.

costumbres sociales, tan bien reflejado por los novelistas rusos de la segunda mitad de ese agitado siglo XIX, y que andando el tiempo llevaría a la Revolución Soviética.

Los biógrafos de nuestro autor suelen citar una anécdota de su biografía que expresa muy bien lo que estamos apuntando. Cierta día de 1848, el ministro de Educación, el conde S.S. Uvárov, asistió en la Universidad a una clase que, a modo de prácticas, impartía un joven Afanásiev, con vistas a su posible condición de profesor de Historia de la Literatura. El contenido de la disertación no gustó nada al ilustre visitante, que además tuvo que soportar las discrepancias que mostró el novicio a sus observaciones. Consecuencia de ello, Afanásiev no pudo ser profesor en la enseñanza pública, y hubo de refugiarse en un centro privado. Más tarde, encontró un empleo en el Archivo Central de Asuntos Extranjeros, donde permaneció hasta 1862. En esta época, el investigador realizó lo más granado de su producción, tanto de historia de la literatura rusa, como de etnografía y folclore.

Pero lo que queríamos señalar, en este punto de la adscripción ideológica de nuestro autor, es que su tarea se basaba en un respeto muy profundo por la cultura popular, del que suele carecer el conservadurismo, y hubo de realizarla, por tanto, contra ese otro espíritu, por llamarlo de algún modo, comúnmente paternalista y censor. Ocurrió así en España, por esos mismos años, cuando escritores costumbristas, románticos y realistas (Fernán Caballero, Alarcón, Juan Valera, etc.) se ocuparon del caudal de las literaturas orales hispánicas, siempre con el mismo resultado: transcripciones debidamente arregladas y/o censuradas según el gusto dominante de la pequeña burguesía. El paralelo con lo que ocurría en Rusia no puede ser más estrecho, pues de la misma manera que Afanásiev tuvo que esconderse de la presión oficial, Machado y Álvarez, solo que un poco más tarde, hacia 1880, emprendía en solitario su extraordinaria labor de folclorista positivista, no censor ni adaptador. Y asimismo padeció la asfixia social que decretaba la corrompida sociedad de la Restauración borbónica sobre toda clase de librepensadores.

Aun así, es obvio que aquella presión de la cultura oficial siguió actuando, consciente o inconscientemente, en el ánimo de nuestros sufridos etnógrafos, tanto en un sitio como en otro. Por eso, numerosos cuentos eróticos y anticlericales nunca verían la estampa, los relatos de pícaros contra el poder y la escatología tan frecuente en estos relatos están muy atenuados, y, en general, el léxico coloquial y desenfadado del pueblo ha sido bastante filtrado también. (En nuestro suelo, habrá que esperar todavía a los años 20-30 del siglo pasado, cuando los Aurelio M. Espinosa, padre e hijo, llevan a cabo sus excelentes recopilaciones filológicas⁵). El resultado de las versiones, pese a todo, es muy

⁵ AURELIO M. ESPINOSA: *Cuentos populares españoles*. C.S.I.C., Madrid, 1946-47. AURELIO M. ESPINOSA (hijo): *Cuentos populares de Castilla y León*. C. S.I.C., Madrid, 1987-88.

superior, en lo que a fidelidad se refiere, así en Afanásiev como en Machado y Álvarez, a lo que solían producir sus colegas reaccionarios cuando se dignaban ocuparse de tareas similares.

Más allá de la ideología, el pensamiento científico de Afanásiev se halla enmarcado en lo que solemos llamar la escuela mitológico-comparatista, a saber, en la hipótesis doble de que los cuentos parecidos de todo el mundo se deben: 1) a un mismo origen cultural, el del viejo tronco indoeuropeo, y 2) a que los cuentos maravillosos o de hadas (los más antiguos) son evolución de una mitología correspondiente a religiones arcaicas, prehistóricas.

Mientras que de lo primero apenas hay duda, si bien con importantes matices, sobre todo de tipo psicológico, lo segundo ha sido objeto de importantes controversias, principalmente en el ámbito de la antropología cultural⁶. En la actualidad, y resumiendo mucho, puede considerarse admitido que los antiguos cuentos maravillosos, tan misteriosamente parecidos en muchas partes del mundo, tienen como trasfondo la desaparecida cultura común indoeuropea, y se originan en el tránsito de la más profunda revolución que ha conocido la humanidad: la revolución neolítica, que con la agricultura y la ganadería, frente al bosque de cazadores-recolectores y a la sociedad de clanes nómadas, introduce la propiedad privada de la tierra (lo que implica el nacimiento del Estado y del derecho, a la vez que del individualismo). Por consiguiente, la herencia de esa misma propiedad ha de prolongarse en hijos legítimos, mediante el matrimonio exogámico y frente a la tendencia incestuosa a mantener la propiedad en el reducido círculo de los matrimonios consanguíneos. Por último —mas no lo último—, el abandono paulatino del culto a los muertos, que entendía el Más Allá como una continuación natural de lo conocido, y que va siendo sustituido por las creencias de las religiones sacerdotales históricas, comprometidas en el mantenimiento de la propiedad privada como fuente de poder, e introductoras del concepto de un mundo distinto más allá de la muerte para premio o castigo de los vivos, según las propias normas creadas por los sacerdotes. Este nuevo panorama introduce radicales transformaciones en la sociedad de cazadores-recolectores, regida por un sentido colectivista primario, que había durado muchos miles de años, y acabará generando importantes convulsiones sociales y personales, hasta nuestros días. De creer a ciertos psicólogos y psicoanalistas, dichas tensiones, por su profundidad y duración en el tiempo, habrían pasado al inconsciente colectivo en forma de símbolos, y al subconsciente individual, con capacidad aquí para combatir traumas infantiles generados en la trabajosa institución de la familia nuclear, y otras dificultades de adaptación a dicho or-

⁶ Véase la controversia entre Lévi-Strauss y V. Propp en *Polémica Lévi-Strauss-Propp*, Madrid, 1972. El fondo de esta polémica, todavía hoy, es si los elementos contextuales del discurso cuentístico son relevantes para su comprensión, o si, por el contrario, debe prescindirse de ellos para ir a lo esencial del relato.

den⁷. Un orden en el que, a modo de epifenómenos derivados del individualismo, surgieron nada menos que la libertad individual y la razón, o mejor dicho, la autoconciencia racional del individuo, y, en cierto sentido, el amor; tres realidades ciertamente revolucionarias y de incalculables consecuencias, que atraviesan también numerosos cuentos maravillosos⁸.

Pues bien, en los cuentos populares rusos, como en los germánicos, o en los de la vertiente románica, incluidos los españoles, quedan numerosas señales de esas tensiones psico-materiales producidas por el nuevo sistema. Muchos cuentos comienzan con el drama de un matrimonio sin hijos, que pone en crisis todo el edificio de la sociedad agraria. Por el contrario, los desheredados sobreviven en pésimas condiciones, y han de procurarse el sustento muchas veces haciendo de leñadores en el bosque residual, a donde el príncipe, el zarevich, acude también a dar rienda suelta a sus impulsos de cazador y a encontrarse, casualmente, con una doncella no perteneciente al clan familiar, de la que se enamora y con la que se casará. De esta manera, el bosque, clave en los cuentos maravillosos, se constituye en espacio simbólico de múltiples significados, pero todos ellos relacionados con la lucha, soterrada pero brutal, entre el estadio anterior de la humanidad comunitaria, y los nuevos mensajes del rígido orden estamental. La presencia de la bruja en ese bosque (Baba Yagá en los cuentos rusos), indica claramente la amenaza a todo aquel que quiera regresar al orden social anterior. Así como la cabaña (la isba), situada a menudo en las afueras —esto es, entre el pueblo y el bosque—, donde sobreviven malamente los pobres, representa a las primeras víctimas de un sistema radicalmente injusto, pero muy bien asentado. Al que nada tiene solo le queda convertirse en un bogatir, «un hombre recio, bien plantado, valiente y de fuerza extraordinaria»⁹ (habría que añadir: y libre), para salir adelante en un camino de enormes dificultades. En cuanto a la religión cristiana, aparece en fórmulas de mero respeto y, desde luego, en la «santa limosna», único paliativo de la injusticia social.

En cuanto a la nueva clase social emergente, la burguesía, en los cuentos populares rusos está invariablemente representada por el mercader, el hombre de negocios que va y viene también de un lado para otro, arriesgando su fortuna, lo que constituirá el nuevo credo de la sociedad capitalista. De la suma de

⁷ La escuela de Carl G. Jung desarrolló las hipótesis freudianas de relación entre mito, cuento y sueño en su teoría del *arquetipo*. Véase en castellano *Los complejos y el inconsciente* (Alianza Editorial, Madrid, 1969 y 1974). También Bruno Bettelheim aplicó estas teorías en *Psicoanálisis de los cuentos de hadas* (Crítica, Barcelona, 1977). A este último se le suele objetar que no trabajó con versiones directas, sino con las recreadas y adaptadas por la cultura burguesa.

⁸ Una más detenida explicación de este entramado de fenómenos puede verse en la Introducción a mi obra *El texto infinito* (Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 2004), y el último capítulo del mismo libro.

⁹ Según la definición del término que da el vocabulario que acompaña a esta edición.

estos movimientos (pobres y príncipes merodeando por el bosque, de una parte, y de otra bogatires en busca de fortuna y comerciantes aventureros), surge el común denominador de todos estos cuentos: el viaje problemático, reminiscencia simbólica del viaje iniciático al que estaban sometidos los jóvenes en el régimen tribal anterior. En ese camino aparecerán enemigos formidables, nuevas brujas, gigantes y demonios, así como auxiliares de nuestros héroes y heroínas en forma de duendes, viejecillos y viejecillas benefactores; todo lo cual produce a menudo la sensación de estar asistiendo más a una pesadilla que a un relato, a un turbulento sueño, unas veces cruel y otras placentero, que a una narración.

Casi imperceptiblemente nos hemos introducido ya en la descripción de algunos rasgos característicos de los cuentos populares rusos. A lo dicho, habría que añadir: la abundancia de personajes animales en pie de igualdad narrativa con los personajes humanos dentro de los cuentos maravillosos, rasgo que está mucho más atenuado en los españoles; la abundancia también de casos de adulterio en los cuentos rusos, como fuente de conflictos en el rígido esquema matrimonial de la sociedad agraria; un número relativamente importante también de cuentos maravillosos que terminan mal, frente a la regla casi universal, en esta clase de relatos, del final feliz. Así ocurre en «La leche de fieras» y en «El bogatir sin piernas», seguramente por el empeño en sacar adelante un matrimonio entre príncipes, esto es, presumiblemente incestuoso, contra la nueva norma del matrimonio exogámico.

Entre los elementos singulares, cabe destacar la casa de la bruja Yagá, invariablemente apoyada en cuatro patas de gallina, que pueden hacerla girar; la metamorfosis en animal o en persona mediante una fuerte patada contra la tierra; popes en lugar de curas; verstas en lugar de leguas; mujics en lugar de jornaleros; zareviches y zarevnas en vez de príncipes y princesas, etcétera. Todo lo cual contribuye a ese aire extraño a nuestra cultura, pero que no nos debe engañar ni distraer de lo principal: el contenido argumental, frecuentemente el mismo, con variantes, al de muchos cuentos españoles (o alemanes, italianos, franceses, etcétera) de la misma clase.

Merecerá la pena repasar con algún detalle ciertos cuentos de esta colección, en relación con sus equivalentes españoles, o por otros motivos. Para ello seguiremos la clasificación propuesta por Afanásiev, que nos sigue pareciendo, pese a su grueso perfil, bastante más aproximada a la realidad de cuanto en ellos sucede que otras clasificaciones posteriores más complejas¹⁰.

¹⁰ La clasificación de los cuentos populares es tema muy controvertido. La mayoría de los estudiosos sigue los inventarios y los índices de la escuela finlandesa de Antti Aarne y de Stith Thompson, que a fuerza de ser empleados se han vuelto imprescindibles, pero no porque respondan a criterios sólidos, basados en una teoría igualmente sólida.

Empezaremos por los de la primera clase, los cuentos de animales del primer volumen. Antes de todo, conviene advertir que casi la mitad de ellos son en realidad cuentos maravillosos, con algunos protagonistas animales, pero de carácter fabuloso o como metamorfosis transitorias de personas.

En cuanto a los de animales corrientes que hablan y se comportan como personas, esto es, los verdaderos cuentos de esta clase, veremos aquí cumplirse las normas básicas estructurales de estos relatos descubiertas por nosotros¹¹. Así, la zorra será siempre más astuta que el lobo, feroz pero tonto (con claro mensaje de la victoria de la inteligencia sobre la fuerza bruta y la agresividad); cuando compiten en el relato personas y animales, ganan las primeras (con la misma curiosa excepción, que ya señalamos en nuestra colección de cuentos españoles, de la vieja, que pierde frente al oso, y en alguna otra ocasión); los volátiles ganarán a los terrestres, los herbívoros a los carnívoros y los domésticos a los salvajes. Muchos de estos cuentos de animales los encontraremos en otros repertorios clásicos, como «Los viejos favores nunca se olvidan», «La zorra y el pájaro carpintero» (curiosamente incompleto en la versión rusa), «La zorra y la grulla», «La zorra y el cangrejo», «El lobo y la cabra» (el mismo cuento de «Los siete cabritillos», pero con un final sorprendente que no está ni en Grimm ni en las versiones hispanas). En todos ellos, simplemente con cambiar el pájaro carpintero por la urraca, el alcaraván o algún otro, la grulla por la cigüeña o el cangrejo por el sapo, tendremos los equivalentes cuentos españoles; amén de cuentos encadenados que nos recuerdan a nuestro inefable «Gallo Kirico» y similares.

A partir de «El pecesito de oro», puede decirse que los cuentos de este tomo I son en realidad maravillosos, y no de animales propiamente dichos. Entre ellos reconoceremos muchas historias parecidas a las nuestras, en las que vuelven a aparecer matrimonios sin hijos, brujas, culebrones de nueve o doce cabezas (pocas veces de siete, como en las nuestras, igual que en la hidra clásica), a menudo dotados de alas, como el cuélebre cántabro; bastantes rasgos de «Juan el Oso» en «Iván-bovino», y aquí mismo otros muchos de «La serpiente de siete cabezas y el Castillo de Irás y no Volverás»; reyes viudos con tres hijas (matiz incestuoso implícito), y algunas verdaderas perlas de honda significación, como en el cuento «Honradez y Falsedad», donde leemos literalmente: «Honradez salió de casa e impidió que el hermano se casara con la hermana (...)», como su primer cometido en el mundo.

Los cuentos maravillosos siguen la misma tónica, más otros elementos, como todavía el culto a los antepasados («Tordo-bayo», y otros), las difíciles rela-

¹¹ Consúltese la introducción a nuestros *Cuentos al amor de la lumbre*, I-II, Anaya, Madrid, 1983-84. (Desde 1999 hay edición de bolsillo en Alianza Editorial, Madrid). Para todo lo relativo a nuestras propias teorías, también *El texto infinito*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 2004.

ciones entre pobres y ricos, los tontos que devienen listos, tal como en los cuentos hispánicos, incluidos elementos muy concretos: «El tonto les cortó a cada uno una tira de pellejo de la espalda» («La jabalina cerdas de oro»), exactamente igual a lo que hace nuestro Perico Malastrampas. Y así infinidad de otros rasgos, como caballos habladores, princesas a las que besar mientras duermen, burla de la herencia como principio rector («Nuestro padre ha muerto y todos los bienes que nos ha dejado son este escobón y este cayado», en «El caballo prodigioso»), mesitas mágicas que se cubren de alimentos, robo de los objetos mágicos por vecinas envidiosas, zapatos de hierro que la heroína ha de gastar en su largo peregrinaje (normalmente tres, frente a los siete de los equivalentes españoles), hijos de viudas pobres que salen adelante por méritos propios, hermanos envidiosos, bodas estorbadas por suplantadoras, viejecillos mendigos que entregan objetos mágicos, príncipes mellizos que han de revalidar su condición de hijos legítimos en medio de grandes dificultades, nuevos recordatorios de la prohibición del incesto («Si uno de nosotros se atreve a ofender a nuestra hermana, este sable le dará muerte sin compasión», en «El espejito mágico»), y así una infinidad de detalles que nos resultarán familiares por nuestros grandes cuentos, como «Blancaflor», sin duda el relato que inaugura la pasión de amar contra los propios intereses de clan o de familia, del que en esta colección veremos numerosas versiones, o elementos sueltos aquí y allá, en «El anillo mágico», «El zar-oso»...

En resumen, estamos ante un repertorio de extraordinario valor, que ratifica por sí solo la importancia que tuvieron los cuentos populares a lo largo de muchos siglos en las tradiciones campesinas, desde el norte de la India hasta el Cabo de San Vicente, y luego por continuidad histórica en América, como verdadero alimento cultural de millones y millones de personas que en su mayoría nunca fueron a la escuela, pero que no por eso dejaron de poseer una rica y profunda manera de expresar su visión del mundo, el real y el imaginario, las contradicciones de un sistema y la crítica al mismo en forma de sátiras, en cuentos de costumbres o de animales. De comprender, en su honda significación, esa vasta cultura, aún podría depender mucho el futuro de toda nuestra cultura. Tal vez no sea demasiado tarde, pero en todo caso habremos de prepararnos para una tarea que, de momento, la cultura oficial sigue considerando menor o, como mucho, pintoresca.

Antonio RODRÍGUEZ ALMODÓVAR



La hermanita zorra y el lobo

Éranse un viejo y una vieja. El viejo tenía un gallito y la vieja una gallinita. Un día, buscando comida en el estercolero, el gallito encontró una espiga de trigo y la gallinita encontró una cabeza de adormidera. El viejo sacó los granzareos de la espiga y los molió para hacer harina. La vieja partió la cabeza de adormidera, trituró las simientes y las mezcló con miel para hacer un pastelillo con la harina que el viejo había obtenido de la espiga. Pero, como eran tan pobres que no tenían estufa ni lumbre, puso el pastelillo sobre el alféizar de la ventana de su casita para que se cociera al sol.

Entonces pasaban por allí una zorra y un lobo. Dijo la zorra:

—¿Qué te parece, hermanito lobo, si robamos ese pastelillo y nos lo repartimos como buenos hermanos?

—Bien, hermanita zorra: vamos a robarlo.

La zorra lo robó. Cuando se apartaron un poco, se dio cuenta de que el pastelillo no parecía bien cocido. Le habría hecho falta estar todavía un ratito al sol.

—Podemos echar un sueño y, cuando nos despertemos, haremos un rico desayuno.

Así embaucaba la zorra al hermanito lobo, que al poco rato se quedó dormido. La zorra agarró entonces el pastelillo, lo partió, se comió el relleno dulce y en su lugar metió... con perdón sea dicho... ya se imaginan ustedes lo que metió... Volvió a juntar los pedazos del pastelillo y lo dejó en su sitio. El lobo se despertó y la zorra también. Cuando se

pusieron a repartirse el pastelillo, la zorra fue la primera en advertir que el relleno no era ya el de antes, y empezó a acusar al lobo, muy enfadada. El lobo juraba y perjuraba que no había sido él. Incluso se comió un puñado de tierra para demostrar su inocencia. Pero nada: la zorra no le creía. Finalmente, ella propuso una prueba: los dos se tumbarían al sol, y al que le rezumara la cera de la miel por efecto del calor, ese se habría comido el relleno de miel. En eso quedaron.

El lobo se durmió tranquilamente. La zorra corrió entonces hasta un colmenar que había allí cerca, robó un panal y, después de comerse la miel, embadurnó al lobo con la cera. Cuando el lobo despertó y se encontró embadurnado de cera, tuvo que confesarse culpable. Dijo que, aunque no recordaba cómo había sucedido aquello, ante una prueba tan contundente no le quedaba más remedio que reconocer su culpa y aceptaba el veredicto de la hermanita zorra: de la primera presa que hiciera él no tomaría nada, sino que se la cedería entera a la hermanita zorra. Una vez de acuerdo, se marcharon de caza cada uno por su lado.

La zorra vio venir a unos carreteros con un carro. Se tendió en el camino cuan larga era, como si estuviera muerta, y empezó a soltar ventosidades con todas sus fuerzas. Al verla, los carreteros pensaron al principio que estaba viva; pero cuando fueron acercándose y, desde varios pasos, notaron lo mal que olía, gritaron:

—¡Está muerta! No hay más que olerla —y la metieron en el carro donde llevaban pescado.

Lo primero que hizo la zorra fue abrir un agujero en el carro con los dientes para ir tirando el pescado por allí. Cuando le pareció que había tirado ya bastante, se largó del carro sin contratiempos, juntó todo el pescado en un montón y se puso a comer tan tranquila.

El lobo, que había rondado por todas partes sin cazar nada, volvió al lugar convenido y se encontró a la zorra dándose aquel festín.

—Hermanita zorra, dame algún pez..., aunque sea pequeño...

—¡Quia, hermanito lobo! Péscalo tú, como yo los he pescado, y hártate de comer si quieres.

—Hermanita zorra, dame por lo menos una cabeza...

—¡Quia, hermanito lobo! Ni una raspa. Estoy rendida de tanto pescar y tengo mucha hambre.

—¿Pero dónde, cómo y con qué has pescado?

—Es la cosa más simple. ¿Ves ese río, ahí cerca? Pues llégate a él, mete el rabo en un *prórub** y quédate así quieto diciendo: «Que piquen

* La definición de las palabras marcadas con asterisco se encuentra en el vocabulario de la página 265.

los pececitos, grandes y pequeñitos. Que piquen los pececitos, grandes y pequeñitos...». Luego tiras del rabo, y verás cuántos peces sacas.

Como la zorra había terminado ya de comer, ella misma se brindó a acompañar al lobo hasta el *prórub*. El lobo metió el rabo en el agujero y se puso a repetir: «Que piquen los pececitos, grandes y pequeñitos...». Mientras, la zorra corría alrededor mascullando: «El rabo del lobo, que se hiele bien helado». Así estuvieron, el lobo con la cantinela de «que piquen los pececitos, grandes y pequeñitos», y la zorra con la de «el rabo del lobo, que se hiele bien helado», hasta que el lobo preguntó:

—¿Qué estás diciendo tú, hermanita zorra?

—Un conjuro para ayudarte.

El lobo quería sacar el rabo del *prórub*, pero la zorra se lo impidió:

—Espera —le dijo—, que han picado pocos todavía.

Volvieron cada uno a su cantinela, y en cuanto el lobo hacía intención de sacar el rabo, la zorra insistía:

—Espera, que aún es pronto.

Y como estaba cayendo una helada de esas que hasta las piedras se parten, cuando la zorra pensó que había transcurrido bastante tiempo le gritó al lobo:

—¡Tira!

El lobo tiró. Pero como si nada: el rabo se le había convertido en un témpano dentro del río y, como no pudo sacarlo, allí se quedó el lobo.

Entonces echó a correr la zorra con todas sus fuerzas hacia la aldea, gritando:

—¡Eh, buenas gentes! ¡Aquí! ¡Venid, que el lobo se ha quedado pegado al hielo!

Toda la gente cayó sobre el lobo, los hombres con estacas y hachas, las mujeres con rastrillos y atizadores, y tantos golpes le pegaron que el lobo prefirió sacrificar el rabo: pegó un tirón y, dejándose el pobre rabo dentro del río helado, echó a correr a ciegas. Cuando toda la gente había corrido hacia el lobo apresado por el hielo, un campesino dejó incluso abandonado su trineo y el caballo que tiraba de él. El lobo tropezó con ellos cuando huía, se montó en el trineo, arreó al caballo y así pudo escapar de la aldea.

Entre tanto, y aprovechando el barullo de la gente que corría a pegar al lobo, la zorra se coló en una casa vacía, donde vio un lebrillo con masa para hornear. La zorra se embadurnó con la masa, corrió hasta el camino y allí se tumbó. A poca distancia de la aldea vio el lobo a la hermanita zorra en mitad del camino, aparentemente maltrecha y medio muerta. Muy compasivo, se acercó presuroso, y

ella empezó a quejarse diciendo que, de tanto como la habían apaleado, se le salía el tuétano de todos los huesos.

—¡Valor, hermanita zorra! Mírame a mí, que me he quedado sin rabo. Pero ¿qué vamos a hacer? Sígueme: como todavía tengo más fuerzas que tú, yo te defenderé.

Entonces la zorra empezó a rogarle que le dejara subir al trineo, pero el lobo se negó arguyendo que incluso para él solo había poco sitio. La zorra tuvo que aguantarse, y echó a andar despacito detrás del trineo donde iba montado el lobo. Después de caminar un poco, volvió a sus ruegos, pidiendo que le dejara meter en el trineo una de las patas, una solamente, la que más le dolía. Después de muchas negativas, el lobo accedió al fin. Cuando tuvo ya una pata en el trineo, la zorra porfió y porfió hasta meter las otras tres patas, y luego le pidió al lobo que tuviera compasión de su pobrecito rabo, que iba arrastrando. De esta manera se acomodó toda ella en el trineo. En esto oyó el lobo que crujía el trineo, y le echó en cara a la zorra que era por culpa suya.

—¡Pero si es que voy cascando avellanas, hermanito lobo!

Siguieron su camino, cuando el lobo oyó otra vez que crujía el trineo, y de nuevo se lo reprochó a la zorra.

—¡Pero si es que voy cascando avellanas, hermanito lobo!

Hasta que, finalmente, se desbarató el trineo.

El lobo fue a cortar algunos palos para reparar el trineo, y la zorra se quedó al cuidado del caballo. Como se aburría, devoró al caballo, menos el pellejo, luego lo rellenó de gorriones vivos y le tapó con paja el agujero de debajo de la cola. El lobo reparó el trineo, enganchó al caballo y gritó:

—¡Arre, arre!

Pero el caballo no se movía. El lobo vio entonces la paja que le asomaba por debajo del rabo y dijo:

—¡Si habrá comido, que hasta se le sale la paja por detrás!

El lobo tiró de la paja, los gorriones escaparon volando y la piel del caballo se cayó.

La zorra, que seguía fingiéndose muy enferma después de la paliza, convenció al lobo, al cabo de una larga porfía, de que debía llevarla tirando él del trineo. El lobo se enganchó al trineo y echó a andar diciendo:

—El lobo apaleado lleva a la zorra apaleada.

Mientras que la zorra murmuraba:

—El lobo apaleado lleva a quien nada le ha pasado.

—¿Qué vas diciendo, hermanita zorra?

—Lo mismo que tú, hermanito lobo: que el lobo apaleado lleva a la zorra apaleada...





Por un lápot, una gallinita;
por una gallinita, un gansito*

Iba la zorra por un camino y se encontró un *lápot*. Al llegar a la casa de un campesino, le pidió:

—¿Me dejas pasar aquí la noche?

—No puede ser, zorrita. No tenemos sitio.

—¡Pero si yo necesito muy poco sitio! Me acuesto encima de un banco, y el rabo lo meto debajo.

Por fin la dejaron pasar allí la noche, y entonces dijo:

—¿Podría dejar mi *lápot* donde tenéis las gallinas?

Hicieron lo que pedía, pero la zorra se levantó por la noche y tiró el *lápot*. A la mañana siguiente se levantaron, la zorra pidió su *lápot*, y los amos de la casa tuvieron que decirle:

—Pues ha desaparecido, zorrita.

—Entonces —exigió la zorra—, tendréis que darme una gallinita por él.

Agarró la gallinita, fue a otra casa y pidió que metieran a su gallinita con los gansos que tenían. Por la noche, escondió la gallinita, y a la mañana siguiente hizo que le dieran un ganso. Llegó a otra casa, pidió que la dejaran pasar allí la noche y metieran a su gansito con los corderos. Valiéndose de la misma artimaña, obtuvo un cordero por el ganso y se presentó en una casa más. Se quedó a pasar allí la noche y pidió que metieran a su corderito con los novillos de los amos. Durante la noche, la zorra robó el corderito, y a la mañana siguiente pidió que le dieran un novillo en su lugar.

La zorra mató a todos los animales que tenía —a la gallinita, al gansito, al corderito y al novillo— y escondió la carne. Luego rellenó el pellejo del novillo con paja y lo dejó en medio del camino.

En esto vio venir a un oso y a un lobo, y les dijo:

—¿Por qué no os hacéis con un trineo y nos vamos a dar un paseo?

El oso y el lobo robaron un trineo y un cabezal, engancharon al novillo y se montaron en el trineo. La zorra se dispuso a conducirlo y gritó:

—¡Arre, arre, novillito, de paja rellenito! El trineo es robado y el cabezal también. ¡Arre de una vez!

Como el novillo no se movía, la zorra se apeó del trineo, gritó:

—¡Ahí os quedáis, so pánfilos! —y se marchó.

El oso y el lobo, encantados de la presa que les había quedado, se pusieron a pegarle dentelladas al novillo, hasta que se dieron cuenta de que no era más que el pellejo relleno de paja. Sacudieron la cabeza y se largaron cada uno por su lado.



La zorra partera

Vivían una vez juntos el compadre lobo y la comadre zorra. Y tenían un barrilillo de miel. Ya se sabe que la zorra es muy golosa. Conque se habían recogido ya una noche en su casita, cuando la zorra empezó a golpear el suelo a hurtadillas con el rabo.

—Comadre, comadre, están llamando.

—Vendrán a buscarme para algún parto —rezongó la zorra.

—Pues debes ir.

La comadre salió de la isba*, fue derechita a donde tenían la miel, tomó toda la que quiso y volvió.

—¿Qué tal? ¿Qué te ha mandado Dios?

—Una criatura muy llenita —contestó la zorra.

Otra vez que también estaba ya acostada, la comadre se puso a golpear con el rabo.

—¡Comadre! Alguien está llamando.

—Algún otro parto será.

—Pues debes ir.

Salió la zorra, de nuevo se hartó de miel hasta dejar solo un poco en el fondo del barrilillo, y volvió donde estaba el lobo.

—¿Qué tal? ¿Qué te ha mandado Dios?

—Una criatura medianeja.

Por tercera vez engañó la zorra al lobo y terminó con la miel.

—¿Qué tal? ¿Qué te ha mandado Dios?

—Esta vez, una criatura de nada.

Pasó el tiempo, hasta que un día, fingiéndose enferma, la zorra le pidió a su compadre que le trajese un poco de miel. Fue el lobo a buscarla, pero no encontró ni gota.

—¡Comadre! —gritó—. Alguien se ha comido la miel.

—¿Que se la han comido? ¿Quién? Has tenido que ser tú —arremetió la zorra contra el lobo, que juraba y perjuraba proclamando su inocencia.

—Está bien —decidió la zorra—. Vamos a tumbarnos al sol, y al primero que le rezume la miel, ese es el culpable.

Así lo hicieron. La zorra, preocupada, permaneció en vela mientras que el lobo dormía a pierna suelta. En esto empezó a rezumarle la miel a la comadre. Pero la zorra embadurnó en seguida con ella al lobo y le despertó gritando:

—¡Mira, mira, compadre! ¿Ves como te la habías comido tú?

Y el lobo no tuvo más remedio que disculparse.

Aquí se termina el cuento, conque dame de manteca un cuenco.



La zorra, la liebre y el gallo

Érhanse una vez una zorra y una liebre. La zorra tenía una casita de hielo, y la liebre otra de corteza de tilo. Cuando llegó la primavera, apretó el sol y la casita de la zorra se derritió; pero a la de la liebre, nada le pasó.

La zorra le pidió entonces a la liebre que la dejase entrar para calentarse, y lo que hizo fue echar a la liebre de su propia casa.

Iba andando la liebre, y a la vez llorando, cuando se encontró con unos perros.

—¡Guau, guau, guau! ¿Por qué lloras, liebre?

—¡Ay, si supierais!... ¿Cómo no voy a llorar? Yo tenía una casita de corteza de tilo, y la zorra tenía otra, pero de hielo. Me pidió que la dejara entrar, y luego me echó sin más.

—No llores —le dijeron los perros a la liebre—. Nosotros la echaremos a ella.

—¡Quia! No la echaréis.

—¡Vaya si la echaremos!

Llegaron hasta la casita, y los perros le gritaron a la zorra:

—¡Guau, guau, guau! ¡Lárgate de aquí!

Pero la zorra les contestó desde el rellano de la estufa*, donde estaba tan a gusto:

—¡Como me baje de un salto, ni los rabos os dejo salvos!

Y los perros escaparon de allí asustados.

Otra vez caminaba la liebre llorando, cuando se cruzó con un oso.

—¿Qué te pasa, liebre? ¿Por qué lloras?

La liebre contestó:

—¡Ay, si supieras!... ¿Cómo no voy a llorar? Yo tenía una casita de corteza de tilo, y la zorra tenía otra, pero de hielo. Me pidió que la dejara entrar, y luego me echó sin más.

—No llores —le dijo el oso—. Yo la echaré a ella.

—¡Quia! No la echarás. Probaron a echarla los perros, y no la echaron. Conque tampoco tú la echarás.

—¡Vaya si la echaré!

Allá fueron a echarla.

—¡Lárgate de aquí! —le gritó el oso a la zorra.

Y ella, desde el rellano de la estufa:

—¡Como me baje de un salto, ni el rabo te dejo salvo!

Conque el oso escapó de allí asustado.

Volvió la liebre a caminar llorando, y se encontró con un toro.

—¿Por qué lloras? —le preguntó el toro.

—¡Ay, si supieras!... ¿Cómo no voy a llorar? Yo tenía una casita de corteza de tilo, y la zorra tenía otra, pero de hielo. Me pidió que la dejara entrar, y luego me echó sin más.

—Vamos allá, y yo la echaré.

—¡Quia! No la echarás. Probaron a echarla los perros, y no la echaron; probó el oso, y no la echó... Tampoco tú la echarás.

—¡Vaya si la echaré!

Llegaron cerca de la casita, y el toro le gritó a la zorra:

—¡Lárgate de aquí!

Y ella, desde el rellano de la estufa:

—¡Como me baje de un salto, ni el rabo te dejo salvo!

Conque el toro escapó de allí asustado.

Volvió la liebre a caminar llorando, y se cruzó con un gallo que llevaba una guadaña al hombro.

—¡Quiquiriquí! ¿Por qué lloras? —le preguntó a la liebre.

—¡Ay, si supieras!... ¿Cómo no voy a llorar? Yo tenía una casita de corteza de tilo, y la zorra tenía otra, pero de hielo. Me pidió que la dejara entrar, y luego me echó sin más.

—Vamos, y yo la echaré.

—¡Quia! No la echarás. Probaron los perros a echarla, y no la echaron; probó el oso, y no la echó; probó el toro, y no la echó... Tampoco tú la echarás.

—¡Vaya si la echaré!

Llegaron hasta la casita, y el gallo gritó:

—¡Quiquiriquí! Quien se esconde en esa casa va a morir... con la guadaña que traigo aquí... ¡Lárgate!

La zorra se asustó al oírle, y contestó:

—En seguida me visto...

Pero el gallo gritó de nuevo:

—¡Quiquiriquí! Quien se esconde en esa casa va a morir... con la guadaña que traigo aquí... ¡Lárgate!

Y la zorra:

—Ya me pongo la pelliza...

Entonces el gallo, por tercera vez:

—¡Quiquiriquí! Quien se esconde en esa casa va a morir... con la guadaña que traigo aquí... ¡Lárgate!

La zorra salió huyendo, y el gallo la degolló con la guadaña. Luego entraron la liebre y el gallo en la casita y allí vivieron tan campantes muchos años.

Aquí se termina el cuento, conque dame de manteca un cuenco.